

CANTO RODADO  
ANA GAITERO

## HUMANIDAD

Extranjero», dijo Nausícaa al hombre desnudo y sucio que frente a ella se cubría sus partes con una rama de arbusto, «ahora que has llegado a nuestra ciudad y a nuestra tierra, no carecerás de vestido ni de ninguna de las cosas que por decoro ha de alcanzar un suplicante que ha sufrido mucho». «Deteneos», dijo a continuación a sus sirvientas, «¿Huís por ver a un hombre? ¿Pensáis acaso que es un enemigo? Éste es un infeliz que viene perdido y es necesario socorrerle, pues todos los forasteros y pobres son de Zeus y un exiguo don que se les haga les es grato. Así pues, dadle de comer y de beber y lavadle en el río, en un lugar que esté resguardado del viento». (Odisea, VI)

Hay correos que merece la pena abrir y leer detenidamente. Como el que llegó el otro día a mi buzón con este lúcido texto de Homero. Hay personas a las que merece la pena escuchar. Como al profesor Emilio Geijo, filósofo, humanista y que hace algunos años estuvo al frente del Instituto Padre Isla de León. Y nos dice en el correo: «Antiguamente los muchachos crecían oyendo historias como ésta. Después a estas cosas las llamaron 'Humanidades' porque parece ser que con ellas se aprendía a ser humanos. Se nota que hace tiempo están en desuso. Caign sobre esta Europa egoísta los rayos de Zeus que amontona las nubes. Buenos días».

### Escuchar el silencio

En medio del ruido hay que hacer un alto para escuchar el silencio. En el centro de esta Europa que blinda sus fronteras con dinero y cinismo, conviene recordar de dónde venimos. Apelar a esa pizca de humanidad que aún queda en las entrañas de Occidente. Mirarse en los ojos del extranjero para ver el reflejo de la dignidad o del oprobio es una elección.

Europa ha optado por la vergüenza. No podía esperarse otra cosa de la



EN MEDIO DEL RUIDO  
HAY QUE PARAR PARA  
ESCUCHAR EL SILENCIO.  
APELAR A ESA PIZCA DE  
HUMANIDAD QUE AÚN  
QUEDA EN LAS  
ENTRAÑAS DE  
OCCIDENTE

Europa de los mercaderes, de los fariseos hipócritas. El acuerdo de expulsar a Turquía a todos los refugiados que lleguen a Grecia lo hace Europa en contra de los oenegés, con Acnur a la cabeza. Y poco más, como no sea la multitud de personas voluntarias que, en la práctica, se están ocupando de los campos de refugiados ante la falta de respuesta de los estados. Dice la ONU que la resolución de conflictos sería más efectiva si participaran más mujeres en las mesas de negociación. Hay que pensar en ello.

### Sociedad tibia

Los oenegés se oponen a mercadear con los refugiados a cambio de sustanciosas cantidades de dinero a desembolsar en Turquía: 3.000 millones de euros sólo para empezar. La respuesta de la sociedad civil ha sido muy tibia. Las concentraciones en España, en comparación con las movilizaciones que suscitó hace trece años el no a la guerra de Irak, han sido simbólicas, elocuentes, pero no masivas.

Es otro de los triunfos del nuevo modelo de sociedad tejido en las últimas décadas de neoliberalismo. Domesticar a la población para que aprenda a mirar para otro lado. La doctrina del sálvese quien pueda ha calado como el agua fina en el estilo de vida de la sociedad occidental-neoliberal-patriarcal.

### Sin formas ni norte

La educación no es ajena a esta tendencia. Esa hermosa herramienta para transformar el mundo se ha convertido en una fábrica de colmar expectativas individuales al servicio de las grandes corporaciones o de las pocas instituciones públicas que van quedando.

La lucha por el poder no conoce límites. Ni siquiera en la universidad. Las elecciones a rector en la ULE son un ejemplo palmario de hasta qué punto se han perdido las formas. Y el fondo. Y el norte.

VANESSA  
CARREÑO

## Y QUÉ DIRÁN

En el coaching es habitual trabajar con alguien que, a pesar de llevar una vida aparentemente idílica, no se siente satisfecho. Recuerdo a una cliente con una carrera profesional envidiable, un buen trabajo y un salario de casi seis cifras, que no se sentía motivada. Estaba deseando cambiar de empleo, pero no se atrevía. ¿Qué le frenaba? Por encima de todo, el miedo al «qué dirán».

No es de extrañar. Hemos crecido viendo como los demás nos halagaban cuando hacíamos lo políticamente correcto y como nos criticaban cuando intentábamos salirnos del camino establecido. Hasta que un día uno se da cuenta de que está más pendiente de lo que opinan los demás que de su propia opinión. De que vive la vida con miedo a que los otros le juzguen o le critiquen y de que se le ha pasado el tiempo haciendo lo que los demás esperaban de él y no lo que él quería hacer.

¿Le suena de algo? Cuando esto pasa durante mucho tiempo puede llegar a un momento en el que uno se sorprenda



al ver que poco o nada de lo que tiene lo ha elegido él. A veces puede ser algo tan doloroso de reconocer que prefiere cerrar los ojos y no mirar. Porque la verdad duele, no cabe duda. Pero mucho más duele vivir en una mentira por no enfrentarse al «tú estás loca», «¿y si luego no te sale bien?» o «a ver si va a ser peor».

El problema es que creemos que es nuestra obligación satisfacer a los demás o evitar sus críticas. Y después terminamos llenos de rabia por no atrevernos a tomar nuestras propias decisiones o por no llevar las riendas de nuestra vida. No confiamos en nuestro criterio, no nos damos permiso para equivocarnos y no disfrutamos de la posibilidad de hacer algo que de verdad nos motive. Se nos olvida que es imposible agradar a todos y que no tenemos que dar explicaciones por cada decisión. En cambio, sí podemos elegir qué opiniones queremos tener en cuenta y hasta qué punto. Por poder, incluso podemos regalarnos el placer de ser coherentes con nosotros mismos sin tanto miedo al «qué dirán». Pero eso también se nos olvida.

www.coachingtobe.es



FIRMA

## LA EUROPA REPUGNANTE

Sé que llego tarde, pero pese a que la política esté cada día más enredada, no puedo olvidar lo ocurrido. Me escandaliza hasta la repugnancia y me repugna hasta la náusea la actuación de algunos hinchas holandeses del PSV. Según han recogido esta semana los periódicos, unos cuantos que estaban sentados en la Plaza Mayor de Madrid, tiraban monedas al suelo a unas pobres mujeres rumanas y mientras ellas se arrodillaban para recogerlas, esos desgraciados las fotografiaban entre risas y comentarios que les debían parecer graciosos.

Otras fuentes hablan de que delante de estas mujeres, los poderosos holandeses del Norte de Europa (algunos,

claro, seguro que avergüenzan a la mayoría de sus compatriotas) quemaban billetes delante de ellas y hasta llegaron a exigirles que bailaran o hicieran flexiones entre risotada y cantos xenófobos. Cuando las monedas se acabaron, los ciudadanos holandeses cómodamente sentados en las mesas de los bares de la Plaza Mayor, llegaron un poco más allá lanzando a las jóvenes rumanas trozos de pan.

Al menos dos personas se enfrentaron a ellos pero lo sorprendente es que cuando el revuelo fue en aumento intervino la policía que andaba de patrulla por la calle. Y esto fue lo que cuentan los periódicos sobre la actuación policial: «Se llevaron a las chicas de la zona para evitar que continuara el altercado. La plaza recuperó poco a

poco la normalidad y la tranquilidad, mientras los hinchas siguieron bebiendo y riéndose»

¿Cómo que la policía retiró a las víctimas y no detuvo a los repugnantes verdugos? ¿Cómo que la plaza recuperó la normalidad si los humilladores siguieron como si nada bebiendo y riendo? Esa no puede ser la normalidad de una plaza en un país democrático; mientras quedara un solo mendrugo de pan, una sola moneda lanzada por esos desalmados, la Plaza Mayor de Madrid no podría volver a la normalidad.

Me gustaría mucho que el Gobierno holandés también se mojara en este tema y castigara en nombre de la moral que imagino aún debe quedar en este viejo continente a esa pandilla de energúmenos.